



El evangelio nos presenta hoy la llamada de los primeros discípulos. Pero para comprenderla plenamente conviene recordar el domingo anterior, cuando contemplábamos a Jesús descendiendo al Jordán como Siervo obediente que *“cumple toda justicia”*. La liturgia nos enseña así que toda vocación nace de la obediencia del Hijo.

1. Jesús primero escucha y obedece

Antes de llamar, Jesús obedece. Se pone en la fila de los pecadores y se entrega a la voluntad del Padre. San Ireneo veía en esta obediencia la inversión del drama de Adán, y san Máximo el Confesor la consideraba la expresión más pura de la libertad. La autoridad de Jesús no procede del poder, sino de su fidelidad al Padre. Por eso su palabra transforma.

2. La llamada brota de la obediencia

Cuando Jesús llama a Pedro, Andrés, Santiago y Juan, lo hace como Hijo amado que escucha. Los discípulos dejan las redes porque reconocen en Él una vida ya entregada. San Agustín decía que *“el Maestro interior habla más por lo que es que por lo que dice”*.

La tradición oriental resume este movimiento con la palabra ὑπακοή (hypakoé) que significa: escucha obediente, apertura amorosa a la voluntad divina.

3. Del Siervo obediente a la Iglesia servidora



Jesús, Siervo del Padre, es también la Palabra hecha carne. Quien lo sigue entra en su misma lógica: escuchar para servir. San Beda veía en la prontitud de los discípulos un icono de la Iglesia que, al oír la voz del Esposo (Jesús), deja atrás sus seguridades. Así nace la comunidad cristiana: de la acogida de la Palabra pronunciada, que se convierte en misión.

4. Nuestra vocación hoy

La liturgia nos conduce pedagógicamente: primero contemplamos a Cristo obediente —y lo celebramos—, luego escuchamos su llamada. Y esto nos invita a preguntarnos:

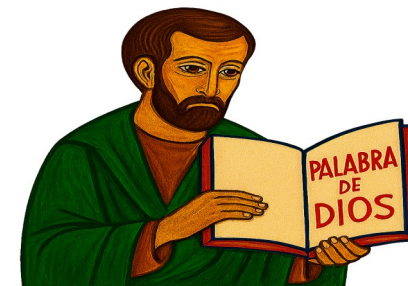
- ¿Desde dónde escuchamos la Palabra?
- ¿Desde el deseo de servir?

No se puede seguir a Cristo sin entrar en su obediencia filial. Toda vocación —laical, sacerdotal o consagrada— nace de acoger la Palabra de Dios y dejar que transforme la vida.

San Juan Crisóstomo recordaba que la prontitud de los discípulos fue fruto de una voz divina que penetró en sus almas. La tradición

monástica llama a este movimiento **conversātiō**; un término latino muy rico y que clarifica el seguimiento cristiano pues significa: *“transformación continua del corazón”*, para *“vivir según el Evangelio”*.

5. Domingo de la Palabra



Hoy celebramos el **Domingo de la Palabra de Dios**. Fue instituido por el papa Francisco para recordarnos que la Biblia no es solo un texto antiguo que se lee en misa cada domingo. Es una voz viva del Señor que sigue hablando a su pueblo. El nos dio esta recomendación: *“Llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio, en el bolsillo, en la cartera. Leed un pasaje cada día. Es Jesús quien os habla allí.”* Porque no basta con escucharlo en la misa: hay que acogerlo en el corazón, dejar que nos hable en medio de la vida diaria. Y para poder responderle hemos de tener a mano, de igual modo, el libro de los salmos que, desde los orígenes, ha sido escuela de oración del pueblo de Dios. En sus páginas encontramos todas las voces del corazón humano: alegría y súplica, confianza y miedo, acción de gracias y arrepentimiento. Nada queda fuera. Por eso los salmos nos enseñan a orar no desde lo que *“deberíamos sentir”*, sino desde lo que realmente vivimos. En ellos aprendemos que la oración no es un ejercicio perfecto, sino un diálogo sincero con Dios.



Sal 26, 1. 4. 13-14



**El Señor es mi luz y mi salvación;
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida;
¿quién me hará temblar?
Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:**

**habitar en la casa del Señor
por todos los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor
contemplando su templo.
Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.**

El Salmo 26/27 se abre con una de las confesiones de fe más luminosas de toda la Escritura: «**El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?**»

Estas palabras no nacen de una serenidad ingenua, sino de una historia atravesada por la amenaza, el conflicto y la espera. Precisamente por eso se convierten en un canto de esperanza que ilumina nuestro camino.

1. Contexto histórico: fe en medio de la inseguridad

Este salmo se sitúa en un contexto de inestabilidad política y militar, probablemente

vinculado a la experiencia del rey David (1 Sm 18-31): enemigos cercanos, persecuciones reales, peligro de muerte. El orante no niega el miedo; lo atraviesa apoyándose en Dios. La fe bíblica no ignora la oscuridad, pero se rehúsa a absolutizarla.

Cuando el salmista proclama que el Señor es luz, afirma que Dios desvela el sentido en medio de la confusión; cuando lo confiesa como salvación, proclama que Dios actúa y rescata; cuando lo reconoce como baluarte, declara que Dios sostiene la vida cuando todo parece frágil.

2. La luz que nace de la Palabra

Pero La luz no anula la súplica; la hace posible. Donde hay Palabra escuchada, hay relación viva. El salmo nos enseña que la fe en el silencio del corazón que escucha.

Aquí se abre un puente directo con el Domingo de la Palabra: no leemos la Escritura para informarnos, sino para encontrarnos. La Palabra es el lugar donde Dios se deja buscar y donde el hombre aprende a esperar.

3. Palabra que sostiene la vida en la espera

El salmo culmina con una exhortación interior: «*Espera en el Señor, sé fuerte, ten ánimo*» (v.14). Esperar no es pasividad, sino confianza activa. La Palabra de Dios se convierte en alimento durante la noche de la espera. Así, el salmo enseña que la vida no se sostiene solo con seguridades visibles, sino con una promesa escuchada y guardada.



**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



**JESÚS PREDICA Y LLAMA
A SUS PRIMEROS DISCÍPULOS**

Mt 4,12-23



**III DOMINGO
“PER ANNUM” - “A”
DOMINGO DE LA PALABRA**